

TALLER DE NARRATIVA DEL CENTRO CULTURAL
UNIVERSITARIO, COORDINADO POR:
SILVIA MOLINA

TRIUNFO INUSITADO

por Miguel Angel Sánchez Bedolla.

—No, compadre, la cosa no fue así. Claro, él después la arregló para que pareciera como una *intelligentada* suya; pero yo estuve presente en ese combate y le puedo asegurar que no fue cosa de él sino del muchachito.

Todo pasó así: llegamos un día antes de la batalla; mi general Obregón, junto con los del estado mayor, fue a ver dónde sería el encuentro. De regreso se encerraron horas y horas. Yo creo que pa' saber cómo nos íbamos a colocar a la hora de la pelea. Ya noche, salieron de su junta; unos se fueron a dormir y otros a echarse un taco. . . Pero a mi general nomás se le veía caminar por todo el campamento, con una carota de pura preocupación; iba y venía camine y camine, piense y piense. Yo creo que esa noche no durmió de los nervios.

Al otro día, muy tempranito sonó el clarín. Ese condenado cornetita, quién sabe cómo le hacía, estaba requete chamaco, y le sonaba reduro. ¡Qué pulmones tenía! Nos daba mucha risa, sólo se sabía un toque y lo usaba pa' todo. . .

Sí, compadre, ese mero fue, se llamaba Jesús Martínez; pero verá cómo sucedió todo.

Arreglamos nuestras "chivas". Mi general Obregón todavía se veía muy serio; no como otros días, que platicaba con nosotros y preguantaba por la vieja, y hasta por los escuincles; pero esa mañana no, estaba re-preocupado. No juntó a todos y nos habló de la importancia de la batalla. Que aquí se podía ganar o perder la causa. De este combate -dijo- se decidiría cuál de los gobiernos habría de dirigir al país.

Nos fuimos, pues, pa'l lugar escogido antes, pa'esperar al enemigo.

Colocaron a los de infantería en varias líneas de trinchera, atrás de éstos, la artillería; y a los flancos la caballería.

Todos estábamos tensos como cuerda de violín, nomás esperando a ver a qué hora aparecían los otros. El que estaba muy inquieto era mi general Obregón, pero serio, serio. Pa'mí veía venir lo peor: este pleito no sería tan fácil como otros. El enemigo no había perdido ni uno, así que venían muy "crecidos" y fuertes.

Empezaron los cañonazos del enemigo, y enseguidita dejaron ir su caballería contra nosotros. Entre una y otra carga, (no se sabía dónde empezaba una y donde terminaba la siguiente) parecía un sólo cuerpo sin línea de combate, como si se dejaran venir en desorden. Pero no era así realmente, lo que

pasaba, es que eran un friego. La artillería no cesaba de arrojar granadas, tanto que la pólvora quemada no dejaba ver el sol.

La cosa se puso re fea: cuerpos de hombres y cabalgaduras muertos, regados por todos lados. Muchos queríamos correr, pero el enemigo no dejaba de disparar. No veía el fin.

Para entonces, mi general andaba que se lo llevaba el demonio. Quiso usar el teléfono para pedir al almacén que enviaran municiones, pero nunca se pudo comunicar: la línea estaba rota. La trinchera central siguió debilitándose más y más. El enemigo se dio cuenta y cargó sobre el punto débil, con toda su fuerza. Cómo estaría de encanijado mi general, que cuando retrocedió la artillería para no pegarle a los nuestros que huían, mandó llamar al jefe artillero y le dijo:

—Aquí nadie hace nada, si yo no lo ordeno.

Y en seguida mandó fusilarlo, argumentando que era un cobarde por huir.

. . .No lo fusilaron pero qué susto le metió;

Casi estábamos derrotados y para evitar la matanza mi general Obregón pidió un corneta.

Al único que encontraron cerca en ese momento, fue al Jesús, al que le mencioné antes. Mi general, dirigiéndose al Jesusito, le ordenó:

—Toque retirada.

El muchachito contestó:

—No sé ese toque, mi general.

Enojado el general gritó:

— ¡Toca para que venga otro corneta!

Imagínese usted, compadre, a aquel chiquito de diez años. No sé cómo es que andaba en aquellos borlotes; todo asustado contestó:

—Ese tampoco me lo sé, señor.

Pensamos que mi general le iba a dar una entrada de golpes en ese momento: echaba chispas por los ojos.

— ¡Toca atención!

El Jesusito casi llorando contestó igualito que antes:

—Tampoco ese sé.

Mi general Obregón jalándose los pelos y dando de patadas en el piso, estalló:

— ¡Me lleva la chingada! ¿Pos qué toque sabes?

Todo amedrentado y moquiando dijo el Jesús:

—Diana, señor; es el que sé.

Imagínese usted, compadre, estábamos perdiendo la batalla y encima le llevan a aquel aprendiz de corneta. Su voz retumbó por todo el campamento:

